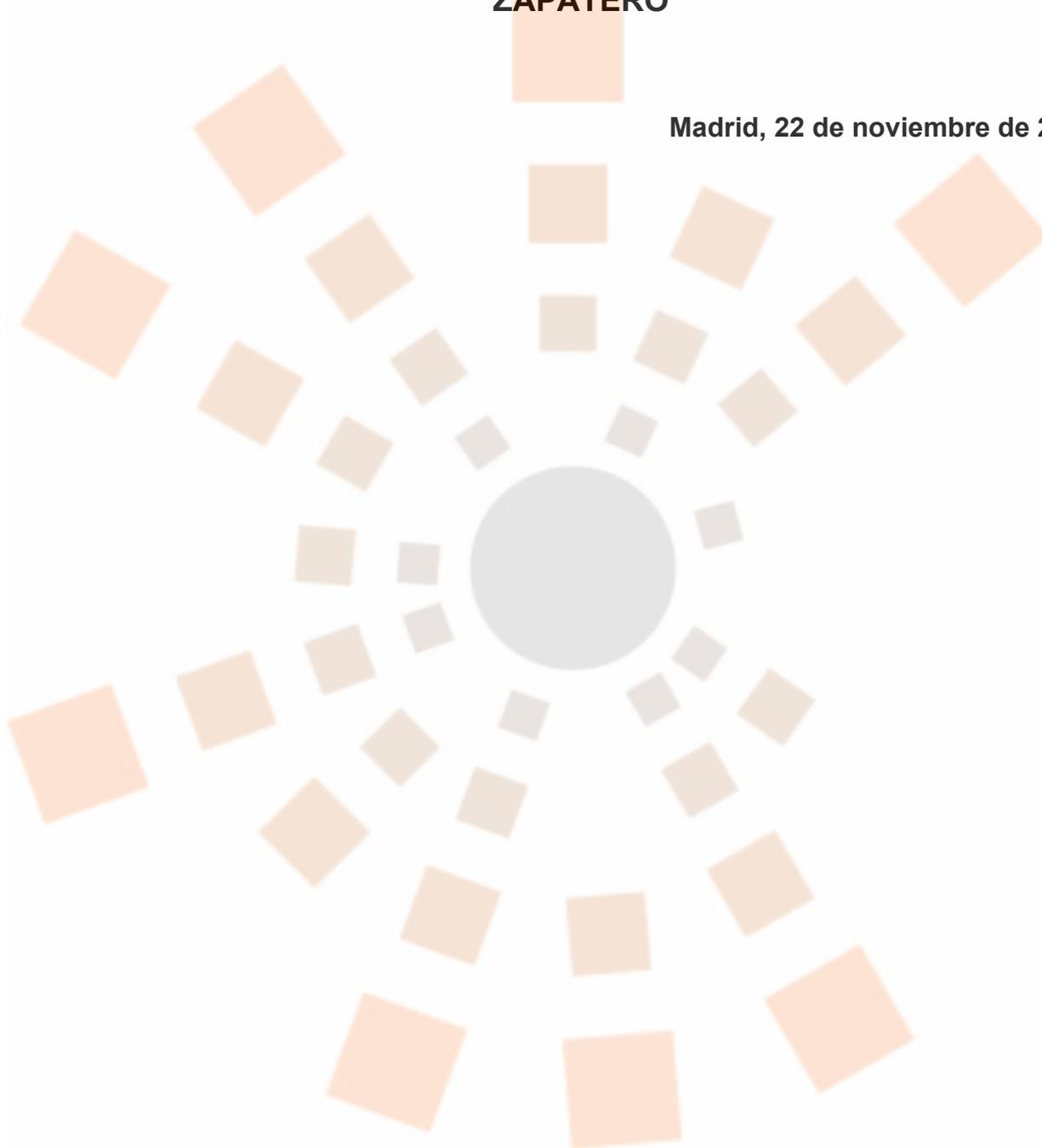


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA
CONFERENCIA DEL CLUB SIGLO XXI: “GLOBALIZACIÓN Y
PERIFERIAS”, PRESENTADO POR JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ
ZAPATERO**

Madrid, 22 de noviembre de 2001



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA CONFERENCIA DEL CLUB SIGLO XXI: “GLOBALIZACIÓN Y PERIFERIAS”, PRESENTADO POR JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ ZAPATERO

Madrid, 22 de noviembre de 2001

Cuando uno tiene la responsabilidad de comparecer en un foro público, tiene que intentar acertar con el título de la Conferencia y con la persona que te tiene que presentar, y por las palabras que acabo de escuchar y que acaban ustedes de escuchar de José Luis Rodríguez Zapatero, pues habrán podido comprobar que por lo menos en el presentador he acertado plenamente.

Gracias José Luis, por tus palabras, valoro y las valoro muchísimo; acabamos además de estar juntos en el Comité Territorial del Partido Socialista Obrero Español y he visto al Secretario General de mi partido en ésta ocasión y en éste día mucho más preocupado que cuando le conocí hace un año y medio en la sede regional del partido en Extremadura.

Y el que lo haya visto hoy más preocupado que otras veces, pero con más convicción que nunca, lejos de producirme inquietud, lo que me ha producido ha sido satisfacción. Satisfacción porque intuyo que su preocupación es consecuencia directa de que ha sido capaz, junto con el partido, de fijar la imagen de oposición del Partido Socialista Obrero Español y por lo tanto como una alternativa creíble en el contexto político nacional y, al mismo tiempo, preocupación porque viene el momento más decisivo y más clave para un líder y un partido político, que es definir un proyecto de país, un proyecto político y al mismo tiempo, definir y ubicar ese proyecto político en una definición de España que todavía está por llegar después del éxito de la descentralización y que tengo la sensación de que, después de escuchar tus palabras en este acto de hoy y también esta tarde, esa definición de España va a llegar de la mano de José Luis Rodríguez Zapatero, del Partido Socialista y que ese proyecto político puede encardinarse perfectamente en una España libre, en una España plural y en una España compuesta.

Así que, muchísimas gracias por tus palabras, y muchísimas gracias por tu preocupación, porque creo que eso es síntoma de que, efectivamente, el año 2002 puede ser el año decisivo y definitivo para que nuestro proyecto sea un proyecto en el que podamos identificarnos los hombres y mujeres progresistas de España y podamos saber exactamente, cual es el país que hemos construido con la Constitución de 1978.

En un oficio donde el sinsabor es la tónica diaria de quienes nos dedicamos a la política, es un aliciente enorme, créanme, el saber y el comprobar, como estoy comprobando en estos momentos, que muchos de ustedes han venido más que para escucharme, para acompañarme. Y es una satisfacción y es un aliciente el ver, como está aquí hoy, Rodríguez Zapatero, como está Felipe González, como está

Alfonso Guerra, como está Manuel Jiménez de Parga, Presidente del Tribunal Constitucional, como está José Barrionuevo, Corcuera, Vera y tantos y tantos otros que más que venir a escucharme, porque seguramente me tienen bastante oído, han venido a acompañarme. Y, esto para mí es una acción de amistad que yo valoro profundamente y que tengan ustedes la seguridad de que me emociona hasta límites muy importantes.

Señor Presidente del Club Siglo XXI, yo estoy seguro que hoy se me ha invitado a participar en esta prestigiosa tribuna y para participar en el ciclo que abrió mi amigo y compañero Manuel Chaves, no solo por ser Presidente de la Junta de Extremadura, sino también y fundamentalmente por ser socialista. Y como Presidente de los extremeños y como socialista español, deseo transmitir en éste ciclo mis reflexiones y a poder ser mis propuestas. Si no lo hiciera así seguramente estaría contribuyendo, bien que de una forma muy insignificante, al desconcierto que en estos inicios del siglo XXI se está instalando en lo que denominamos para entendernos “sociedad occidental”.

“El futuro ya no es lo que era” reza el título de un libro de conversaciones publicado recientemente. ¿Cómo era el futuro antes para que el que viene ya no sea como era? Tengo mi interpretación: el futuro de antes, era en cierto modo previsible, llegaba lentamente y no sorprendía cuando se hacía presente. Los ciudadanos, por más que el hombre por ejemplo pudiera llegar a la luna, llegara a la Luna, no nos sentíamos desconcertados colectivamente ante esos fenómenos, puesto que se trataba solo de un paso más de un proceso imaginado y conocido.

Hoy, por el contrario, tenemos la sensación de que el futuro, ese futuro que ya no es lo que era, llega de golpe, traicioneramente, es imprevisible y provoca desconcierto individual y colectivo. La trascendente caída del Muro de Berlín o los atentados del 11 de septiembre son de este tipo de acontecimientos imprevistos, pero no son los únicos que nos hacen perder las referencias individuales y colectivas.

Si acaso el futuro fuera como lo he descrito brevemente, la inseguridad se apodera de nosotros, y si no sabemos adivinar los trazos más gruesos de ese futuro ¿cómo podemos servir de referencia para las generaciones que vienen detrás de nosotros? ¿Tiene alguien la seguridad de cómo van a ser dentro de diez o quince años las relaciones afectivas y sentimentales de nuestros jóvenes? ¿Y el futuro profesional de nuestros hijos? ¿Qué orientación podemos dar a nuestros jóvenes sobre un futuro que ni siquiera intuimos? ¿Les servirán los estudios de hoy para su futuro profesional de mañana? Y si acaso acertaran en su orientación profesional ¿cómo serán sus relaciones laborales si ya se ha decidido pasar a mejor vida aquello de un trabajo fijo, para toda la vida y en el mismo lugar?

Creo que estamos bastante desconcertados como he dicho hace un momento, y una sociedad desconcertada genera desconcierto sin que, por el momento, parezca que vayan a venir en nuestra ayuda los pensadores que, en otras épocas pasadas, pero también recientes, iluminaban nuestro presente y nuestro futuro; por el contrario, cada vez existen más opinados y menos opinadores, perdón por el sustantivo, pero no encuentro otro para definir a los que opinan por oficio sin la más mínima reflexión y sin el más mínimo rigor intelectual. Así que, por ejemplo, mientras nos opinaban sobre el futuro matrimonial del Príncipe de Asturias, ETA

preparaba otros planes más siniestros para la Familia Real el día de la Fiesta Nacional. O mientras nos opinan sobre el lugar de nuestros políticos en un funeral, ETA discutía sobre el lugar del próximo coche bomba, o de la pancarta bomba de antes de ayer.

Los líderes mundiales, en mi opinión, han dejado de serlo, entretenidos como están en asuntos propios de nuevos ricos sin ninguna trascendencia para el futuro de la humanidad; dos o tres años nos han tenido opinados sobre el completo plan de formación de las becarias de la Casa Blanca, mientras los fanáticos hacían su trabajo con el resultado de más de tres mil muertos. La Historia ha resucitado con estrépito para sorpresa de Fukuyama y satisfacción del autor de “El choque de las civilizaciones”. Ya no es el comunismo el otro gran sistema opuesto al capitalismo liberal; se trata de la pura Edad Media agazapada en el centro de Asia y con metástasis en buena parte del mundo árabe. Ha comenzado, desde mi punto de vista, una nueva era de inseguridad.

La historia de la humanidad puede contarse de muchos modos, pero uno de ellos es sin duda la de la constante búsqueda de la seguridad. Desde que se habitaron las cavernas, hasta los modernos sistemas de defensa nuclear, pasando por la previsión social y las pensiones, el progreso de la humanidad es una lucha por aumentar los márgenes de seguridad. Los sistemas políticos, los transportes, la alimentación, la medicina, la guerra y tantas y tantas obras del hombre son expresiones de esa necesidad universal de seguridad.

Las eternas discusiones de los pioneros de la astronomía sobre la centralidad del sol o de la tierra reflejan esa necesidad de conocer las propias coordenadas. Desde un punto de vista mental, a lo largo de estos siglos, el hombre siempre ha buscado un centro, un punto de referencia seguro con respecto al cual situarse y entenderse.

Durante muchos siglos, ese centro era la idea de Dios y el gran colchón de seguridad eran las religiones, mucho después de un modo lento, el humanismo fue desplazando a la religión y el hombre se situó en esa posición central, el hombre era el paradigma, la escala con la que se medían las cosas. Aún sin haber desplazado del todo al pensamiento religioso, durante el pasado siglo, el siglo XX, la amenaza para esa centralidad del hombre se encarnó en la máquina que despierta todavía un cierto temor reverencial, tanto más cuanto más humana se hace.

La pesadilla de la rebelión de los robots es un mito plenamente contemporáneo que parece estar pasando desde la ciencia ficción a la ciencia sin más. Desde Frankenstein a la reciente película de Kubrick y Spielberg, “Inteligencia Artificial”, hay margen todavía para los actuales experimentos en genética humana.

Y del mismo modo que el papel central del hombre parece sufrir erosiones por el inesperado resurgimiento de las teocracias, especialmente las islámicas, y por su empequeñecimiento por efecto de los avances técnicos y científicos, también la idea misma de centro parece perder vigor. Muchas lógicas de nuestra vida cotidiana que estaban presididas por ese orden tradicional del centro parecen tambalearse.

Un mundo que parecía, política, económica y culturalmente organizado, a partir de esa idea y de la tensión del centro y de las periferias, parece organizarse, ahora, siguiendo una lógica de redes en la que la propia idea de centro carece de

virtualidad. Pasa en la política, pero también en la economía, o en la cultura, en la que hay una aparente rebelión de las periferias.

Quizá el paradigma de esta situación sea Internet, un ectoplasma que recorre el mundo, que se infiltra en todos los rincones del globo, pero que no tiene centro en sentido estricto. Internet es la materialización de esa lógica de las redes que está sustituyendo a la lógica de los centros y a la idea de progreso lineal que había alimentado la modernidad. Ya no nos resulta tan cierta esa idea consoladora de estos siglos pasados de que en el futuro está la felicidad o, al menos, una mayor felicidad para la humanidad.

Con todos estos avatares la idea de centro parece ir difuminándose y de ahí la cierta sensación de desasosiego, de inseguridad, que parece recorrer el mundo en estos últimos años. De ahí, también, una cierta atonía de las ideologías que se habían basado, sobre todo, en proporcionar seguridades a quienes no podían obtenerlas por sus propios medios, como el socialismo o la socialdemocracia.

Estamos ante un futuro que, en efecto, ya no es lo que era, y parecemos desconcertados respecto a nuestra ubicación en la realidad. Más bien parece que hemos perdido la conciencia del lugar que ocupamos individual y colectivamente.

Y esta desaparición de los centros referenciales, o como mínimo su difuminación por multiplicación, afecta a todas las escalas y a todos los ámbitos. Esta multipolaridad obliga a resituar toda la vida pública y a plantearse el nuevo papel de las periferias, si es que éstas pueden existir en un mundo plenamente globalizado.

Una característica de un mundo verdaderamente globalizado sería la inexistencia de periferias, al menos en el sentido tradicional. Por lo tanto, si las hay, si hay periferias políticas, económicas o sociales, es que alguien nos está engañando.

Ya durante el siglo XX, con el progreso en los sistemas de transporte, hemos tenido que dejar de medir la distancia en kilómetros para pasar a hacerlo en tiempo. Pero es que, además, con los nuevos sistemas telemáticos y las comunicaciones electrónicas ya incluso el tiempo es un factor despreciable, puesto que el acceso es prácticamente instantáneo. Es lo que llamamos impropriamente comunicación en “tiempo real”, como si fuera posible un tiempo irreal.

Por eso, hay que reformular la propia idea de periferia. Para saber si España está o no en la periferia de hoy, habría que medir, no las irrelevantes distancias físicas, sino la presencia y el acceso a la red. Y lo mismo sucede con las históricas periferias de la periferia, como Extremadura. Y más hacia fuera, Europa se ha empequeñecido, por lo que ya no parece relevante preguntarse por su centro de gravedad.

Así pues, o hay tantos centros que la propia idea de centralidad se ha quedado obsoleta, y con ella la de periferia, o hay tan pocos que podemos consolarnos casi todas las sociedades humanas por ser igualmente periféricas.

Percibir que eso es así, revela una excelente posición para encarar de un modo distinto la política tradicional y demuestra que se tienen instrumentos

novedosos para navegar en este mar sin cartas de navegación. Por eso debo decir que lo que más me llamó la atención en el discurso de José Luis Rodríguez Zapatero, en el Debate del Estado de la Nación fue la referencia que hizo al Quijote. Frente al discurso presidencial, plano y de pura gestión, el discurso del Secretario General del PSOE me pareció de una proyección de futuro absolutamente fundamental. Se quedó en la anécdota en muchos bancos, sobre todo en los del PP.

Pienso que José Luis Rodríguez Zapatero lo que quería poner de manifiesto, con la celebración del centenario del Quijote, era una excusa profunda para poner en valor el futuro de Europa en esa nueva dimensión mundial sin centros y sin periferias; futuro de Europa, en el que España puede tener un papel absolutamente decisivo.

No era sólo el hacer un fasto acontecimiento, entiendo yo, sino enmarcar una línea de proyección de futuro en el que nosotros, los españoles, podemos tener un papel protagonista, no solo porque tengamos la lengua de Cervantes, sino por lo que significa la cultura hispana frente a otra gran cultura, que es la cultura angloamericana.

Y para eso hace falta que terminemos con visiones que se retrotraen hacia el pasado y proyectemos propuestas que van al futuro, eso es lo que diferencia a un líder de un gestor.

¿Cuál es la visión de pasado cuando hablamos de Europa? Se mira al pasado, cuando se dice, por ejemplo, que con la ampliación de países europeos, España se va a quedar más en la periferia todavía de lo que está. Es indudable que Europa tiene que crecer hacia el Este, porque si crecemos hacia el Oeste nos hundimos en el Atlántico.

Eso es mirar para el pasado, eso son posiciones políticas del siglo XX, pero no tiene nada que ver con políticas del siglo XXI. En primer lugar, porque ya no hay distancias. Y, en segundo lugar, porque ya no hay centros sino periferias.

En esa nueva concepción geográfica del mundo, habrá periferias significativas y periferias sin posibilidad real de jugar un papel relevante en la globalización. Y desde mi punto de vista, lo que va a ser significativamente decisivo desde la perspectiva de la civilización de las nuevas tecnologías, será un triángulo que una Europa con América del Norte y América del Sur. Esto es lo que va a ser significativamente decisivo; lo demás casi no contará; ni los países del sudeste asiático, ni África, ni Japón; Alemania seguirá siendo, sin duda, una gran potencia económica pero no significará nada ni lingüística ni culturalmente. Lo verdaderamente relevante en las próximas décadas va a ser un triángulo con tres vértices: Europa, América del Norte y América del Sur. Y en ese triángulo estamos nosotros, los españoles.

Ese triángulo significativo tiene un lado norte, que representa lo angloamericano, y tiene un lado sur que representa lo hispano, o si ustedes quieren lo latino. En la confrontación, en la dialéctica y en la tensión entre esos dos modelos de sociedad, de vida y de cultura está el futuro de Europa, el futuro de España y también el futuro de Extremadura.

El lado norte representa, como he dicho, la parte angloamericana con una enorme influencia lingüística, el inglés, que por ahora, aventaja a la otra parte, al lado sur, que tiene también una influencia lingüística importante pero menos que el inglés. Pero, sin embargo, el lado sur tiene una parte muy significativa que no tiene el norte, que es su sedimento histórico cultural de mayor envergadura y futuro que el sedimento cultural que tiene la parte angloamericana.

Así que lo que se va a enfrentar en la globalización, va a ser, por una parte, la influencia lingüística de lo angloamericano y, por otra, la influencia cultural de lo hispano. Con una ventaja a favor nuestro, porque la mayor homogeneidad de nuestro ámbito cultural es un valor de enorme entidad que a veces se nos pasa desapercibido. Por ejemplo, cuando un hispanohablante, como García Márquez o Cela reciben el Premio Nobel de Literatura, ese premio es recibido por todo el ámbito cultural de lo hispano, por encima de las nacionalidades concretas de los autores. No sucede lo mismo cuando V.S. Naipaul o Hemingway reciben ese mismo premio, pues en esos casos es un reconocimiento que no es percibido como propio por el ámbito cultural angloamericano. Son seguramente las desventajas asociadas a ese carácter universal del inglés; es tan de todos que ya no es casi de nadie.

Eso es lo que yo creo que hay que desarrollar, y celebro que un político español, Rodríguez Zapatero, el líder del PSOE, se aperciba de esto con tal claridad y esté dispuesto a incluirlo en su programa político.

Ya sabemos, señoras y señores, donde está el futuro para nosotros. Ahora nos queda saber si ese futuro debemos encararlo con los parámetros de la era industrial o buscar nuevos paradigmas que nos ayuden a medir lo que es relevante en el futuro; nuestro reto consiste en tratar de encontrar el paradigma que explique, que le de coherencia a lo que va a pasar en ese futuro.

Lo que no parece discutible, independientemente de la aceptación o no de lo que he dicho, lo que no parece discutible, es que existen síntomas de que las cosas comienzan a ser de otra forma distinta a como las conocíamos y a como nos las contaban.

No sé si saben ustedes que Internet nació hace no más de 2.000 días y en el día de hoy existen 6.000 millones de páginas en la red.

El Internet yo creo que es más revolucionario de lo que todos nos imaginábamos, por la manera en que disemina la información de un modo que podríamos llamar, con algunas reservas, democrático. Hasta ahora, la información, que ha sido la columna vertebral de todas las civilizaciones, no sólo de la occidental, sino de todas las civilizaciones, nació siendo algo que hacía mucha gente para el servicio de muy pocos; por ejemplo, los monjes copistas medievales trabajaban en gran número para producir unos libros que sólo podían leer unos pocos cultos privilegiados. En términos novelescos podríamos decir que era como aquel "todos para uno" de los mosqueteros.

Más tarde se produce un cambio importante con la imprenta. Y ya en el siglo pasado supone una acentuación hasta el extremo de esta tendencia, de tal forma que, desde una modesta redacción de un periódico o desde los servicios informativos de una cadena de radio o televisión, se consigue que todo el mundo pudiera estar informado; y esa información estaba servida por unos pocos expertos

en elaboración y comunicación para llegar a decenas de millones de personas en todo el mundo. El correlato ahora sería “uno para todos”.

Cuando aparece Internet todo cambia en el concepto de información desde el punto de vista de los emisores y los receptores. Internet está hecho por todos para llegar a todos. Y teóricamente 5.000 millones ó 6.000 millones de personas pueden alimentar una red que podemos ver 5.000 ó 6.000 millones de personas. Y es que ese “todos para todos”, que no imaginó Dumas, está generando una nueva cultura, una nueva forma de enfocar los temas difícilmente evaluables con nuestros parámetros tradicionales. ¿Qué conclusión saco de lo dicho? Que el concepto de que la “información es poder” ha sido verdad, la información ha sido poder. Mi planteamiento es que la información ya no es poder en el sentido en que lo era antes. Éste es el primer síntoma de que algo está cambiando.

Y les voy a dar otro enfoque que está próximo a nuestra idea tradicional de la economía como reguladora de los bienes limitados. Una base fundamental de la economía tradicional era que la escasez generaba valor. ¿Por qué el petróleo es caro? simplemente porque es escaso, y si no es escaso, alguien se encarga de hacerlo escaso. ¿Por qué el oro es caro? Porque es escaso; luego la escasez es lo que ha generado valor en la economía tradicional.

Pero actualmente esto está cambiando. En la nueva economía, la escasez no produce apenas valor. Acuérdense del primer fax; ¿cuál era su precio? 500.000, 600.000, 700.000 pesetas. Pero, ¿cuál era su valor? su valor era cero, porque el poseedor del primer fax no podía comunicarse con nadie más, porque nadie más lo tenía. A medida que fue aumentando el número de faxes en el mercado iba disminuyendo su precio y aumentando su valor, hasta el punto de que hoy el precio del fax casi es cero y su valor ilimitado. Por cada nuevo fax que se vende o se regala, el valor del mío aumenta. Porque es uno más que entra en la red.

Y esto mismo sucede con los teléfonos móviles. Actualmente el teléfono móvil prácticamente lo regalan. Conclusión, el precio de un teléfono móvil tiende a cero; por el contrario, el valor de un teléfono móvil tiende a ser infinito. Y sobre todo, cuando a ustedes les venden o les regalan un teléfono, el mío aumenta de valor porque tengo una persona más con quien comunicarme.

Como estamos en una economía en red, el valor ya no depende de la escasez, sino de la superabundancia. Éste es el segundo síntoma de que algo está cambiando.

Otro paradigma que demuestra que algo ya no es como era, la intimidad.

Nosotros siempre habíamos mantenido la privacidad personal, como algo irrenunciable. La telefonía móvil cambia de una manera sustancial ese derecho. Hasta ahora, un ciudadano estaba en su casa, en su despacho, en su lugar de trabajo o en sus lugares de ocio. Para encontrarlo yo tenía que saber dónde estaba. Ahora ya no me importa saber dónde está, porque ese ciudadano que yo busco está donde está su número de teléfono móvil. Antes, lo normal era que no lo encontrara... podía estar en tantos sitios. Ahora lo anormal es no encontrarlo. Y si apagas el móvil para preservar tu intimidad estás perdido, porque tendrás que dar mil y una explicaciones al respecto.

Y estos ejemplos que acabo de señalar sólo son tres síntomas que parecen indicar que realmente está existiendo un cambio fundamental en la forma de entender la economía. A lo mejor resulta que efectivamente estamos ante una nueva revolución del mismo o más calado que la industrial, y que tendremos que adaptarnos a ella e intentar incrustar en su seno los valores clásicos y permanentes del socialismo democrático.

Así que, recapitulando: estamos ante un futuro diferente lleno de inseguridades; ha desaparecido la idea de centro para ser sustituida por las periferias; sabemos que estamos en una periferia significativa donde construir nuestro futuro con unos parámetros distintos, diferentes y en un nuevo sistema donde los paradigmas son distintos a los de la era industrial. ¿Qué nos quedaría por saber? Averiguar si este nuevo sistema podrá sostenerse y reflexionar sobre si nos interesa contribuir a su sostenimiento.

Las dudas que se me plantean sobre el sostenimiento del nuevo sistema vienen motivadas porque, por primera vez, estamos ante un fenómeno que está naciendo, creciendo y muriendo de manera absolutamente diferente a lo que se nos enseñaba en la economía tradicional. La nueva economía no crece de forma aritmética, no crece de forma geométrica, ni siquiera de forma exponencial; crece, como algunos autores han dicho, me parece que Samuelson, de forma biológica. Sólo se explica el crecimiento de los teléfonos móviles, o de las famosas “punto com”, con un modelo biológico. Fíjense que del mismo modo que han nacido miles de compañías punto com, casi a la misma velocidad han muerto. Hay otro síntoma interesante: la bolsa. Para los que sigan las bolsas internacionales, habrán podido comprobar que compañías absolutamente asentadas como las de telecomunicaciones, con unas expectativas extraordinarias, hace sólo unos meses, no llega a años, han tenido caídas espectaculares.

Estamos en un momento en el que nace algo nuevo y muere casi a la misma velocidad que nace.

También hubiera ocurrido igual con el modelo industrial si no hubiera sido porque Keynes, las presiones socialdemócratas y las amenazas del comunismo hubieran cambiado las cosas. La combinación de estos factores hizo que el modelo industrial cambiara; pasó de ser un modelo de concentración de riqueza con exclusión de los más, con un ejército de proletarios al servicio de esa concentración de riqueza, a ser un modelo redistributivo y de cohesión social.

Y lo curioso es que el mayor éxito del capitalismo coincide con eso; con esas políticas keynesianas, por una parte, y con esas políticas de redistribución social por otra.

Ese modelo está en crisis y estamos pasando a un nuevo modelo de economía, a un nuevo modelo de producción, a un nuevo modelo de empresa, a un nuevo modelo de sistema financiero; las nuevas tecnologías lo están alterando todo.

¿Cuál puede ser el elemento de sostenibilidad de la nueva economía? Yo creo que lo que marcará el éxito o el fracaso de esta novedosa forma de relaciones productivas es su capacidad para responder a las demandas del mayor número posible de hombres y mujeres. O dicho de otro modo, su éxito dependerá de que sea capaz de incluir en sus beneficios al mayor número de personas, de pueblos, de

zonas del mundo. Si este modelo naciente crea exclusiones masivas, demográficas o geográficas, estará condenado al fracaso. Pero no por una idea romántica de protesta o de revolución de los excluidos o de los que no están de acuerdo, sino porque se saturará, se colapsará y se agotará.

En el nuevo modelo de empresa y de producción, las nuevas tecnologías lo están alterando todo.

En estas condiciones, la gran cuestión es el mantenimiento de la demanda, y para la economía en su conjunto la presencia de actores económicos, políticos o culturales que contribuyan a modular esa demanda de acuerdo con las necesidades del sistema productivo.

¿Cómo encaran esta nueva situación el lado norte y el lado sur del triángulo significativo de la nueva economía que describí anteriormente? ¿En qué se diferencian a este respecto Europa y Estados Unidos? En Europa hay una mayor cohesión social y una cultura política de la redistribución con la que no han podido acabar del todo las tendencias ultraliberales de los años ochenta. Hay por tanto una voluntad decidida de erradicar toda forma de exclusión en el continente. También hay una mejor educación, al menos en el sentido clásico del término. Y si el siglo que comienza es el de la sociedad del conocimiento, podría pensarse que Europa está en condiciones de competir por la hegemonía de esa nueva sociedad con Estados Unidos, puesto que allí la calidad y cantidad de conocimientos de sus jóvenes es menor y la exclusión se vive con una aparente normalidad. Pero lo cierto es que, independientemente de otros factores políticos, Estados Unidos en este campo, va claramente por delante. Luego algo no cuadra.

Yo creo que lo que no cuadra, lo que puede impedir a Europa avanzar en este camino no es la existencia de rigideces, como suelen predicar los liberales, que enseguida pretenden acabar con esos colchones de seguridad creados por el Estado del Bienestar, haciendo pagar siempre a los más débiles, a los trabajadores.

La rigidez esencial europea no es la laboral o la existencia de sólidos sistemas de Seguridad Social, sino la rigidez impuesta por un fuerte corporativismo en el que se alían el poder político, el económico y financiero e incluso el poder de un cierto neosindicalismo de élite. En este panorama la existencia de despidos masivos se vive con una asombrosa naturalidad. En España, en los años ochenta, la reconversión industrial, hecha con muchísimas precauciones, tratando de minimizar costes sociales, casi incendia nuestro país.

Y ahora, con muchos mayores despidos y quedando los despedidos en mucha peor situación, estos anuncios diarios de miles de trabajadores arrojados al paro no provocan más que algunos asépticos comentarios de prensa, como si se tratara de un mero informe meteorológico. Y ahora, con el atentado de Nueva York, parece haberse encontrado la panacea universal para que todo el mundo entienda y apruebe la necesidad de esos sacrificios.

Esta forma de entender la economía globalizada tiene que fracasar más tarde o más temprano. Y ante esa nueva economía ¿qué debe preguntarse un socialista, ante la revolución que estamos empezando a vivir? Yo creo que un socialista tiene que preguntarse lo siguiente: ¿Esto tiene que ser inevitablemente así?

La segunda pregunta que deberíamos hacernos es: "Con este sistema, nuevo sistema, ¿se puede ser solidario o no?" Si este sistema admite la solidaridad, yo me apunto a él. Si este sistema no admite la solidaridad, no lo quiero. ¿Se puede con la red estructurar una sociedad más cohesionada que antes o no? Porque si no es solidario, si no cohesionada la sociedad, si no democratiza el acceso a esta red, yo no quiero para nada esto. Prefiero el sistema anterior.

Estoy convencido de que se puede ser solidario con la sociedad en red mucho más que en ninguna época anterior; se puede practicar perfectamente la solidaridad con menos medios que con el sistema anterior, y con mucha mayor eficacia; sólo el diagnóstico sanitario a través de la Red es un ejemplo de los centenares que se pueden esgrimir y que les ahorro a ustedes.

Por otra parte, nuestra satisfacción con el sistema educativo europeo no debería ser tanta, he dicho que es mejor que el norteamericano. Es un sistema montado sobre la transmisión de conocimientos, pero que incita a la pasividad. Forma muy bien a los estudiantes, pero éstos parecen carecer de la iniciativa, que con menor nivel de conocimientos, tienen los estudiantes norteamericanos. Parecería que el impulso esencial de gran parte de nuestros estudiantes es convertirse en demandantes de empleo, como sus padres o sus abuelos. Demandantes de empleo, todo lo cualificados que se quiera, pero demandantes, no creadores de empleo.

Por muchas leyes de calidad de la enseñanza que se hagan, nuestros colegios y universidades no forman a nuestros jóvenes para la iniciativa, no fomentan una cultura del riesgo razonable, no crean futuros actores de la nueva economía y de la sociedad, sino futuros asalariados por cuenta ajena ante una sociedad que acapara para los grandes grupos económicos la capacidad de innovar. Estoy seguro que detrás de las protestas estudiantiles actuales contra la Ley Orgánica Universitaria hay un movimiento de descontento de toda una generación que no acierta a ver expectativas claras para su futuro.

Me da la impresión de que, en Estados Unidos, un cierto espíritu de pioneros sigue latente en el seno profundo de esa sociedad, y no sólo por las ya archisabidas historias de esos estudiantes que revolucionaron el mundo de la informática desde los garajes de sus padres. En Europa los estudiantes ven como la innovación tecnológica sigue reservada a las grandes corporaciones sin que nadie confíe económicamente en sus iniciativas, las iniciativas de los jóvenes, al objeto de desarrollar proyectos innovadores.

Si existe ese espíritu innovador sensible a las nuevas formas de mercado, las sociedades avanzan con una aparente independencia de su carácter supuestamente periférico en el sentido tradicional. No hay más que mirar a la propia Europa, en la que están triunfando países que no destacaron en la economía industrial y que son geográficamente ajenos a los centros tradicionales de Centroeuropa, como Irlanda o Finlandia. Así que el problema no está en la ubicación físicamente periférica, sino en la definición del papel que se puede asumir en esta aldea global en la que dos o tres mil kilómetros más allá o más acá no suponen un dato determinante.

Así que ninguna preocupación por mi parte, que soy de un territorio del extremo occidental del Occidente europeo. Si somos capaces de producir cualquier

cosa que sea competitiva en calidad y precio no tenemos distancias en Europa para los productos reales; no digo ya, para los virtuales.

Si se tiene la capacidad para producir y un acceso a los nuevos sistemas de distribución de la información, especialmente la red, se está en condiciones de competir con ventaja.

Y con este bagaje, con este análisis de la realidad, sociedades como la extremeña se han dispuesto a dar la batalla por primera vez en su historia por no estar, no en el furgón de cola o descolgados en cualquier apeadero del camino, sino en la locomotora o los primeros vagones de este tren de la revolución de la información.

Nosotros no éramos la periferia, éramos la periferia de la periferia, y creo que, con la modestia de nuestra escala, estamos demostrando que ese camino que describo es posible. Extremadura ha comenzado a recorrerlo hace cuatro años, incluso antes de que lo anunciar siquiera el Gobierno Central.

Hasta hace muy poco, las decisiones importantes que afectaban a nuestra región se tomaban sin la participación de los extremeños. Hoy Extremadura es una región que mira al futuro con ambición. Sabemos que podemos construir una Extremadura en la que, por primera vez, no estaremos condenados a llegar los últimos. Ese apasionante futuro es posible en el mundo actual, que ahora tiene una enorme oportunidad de fortalecer su cohesión aprovechando todas las nuevas posibilidades.

Estamos trabajando por conseguir un modo de incorporación a la nueva economía que asegure un acceso democrático a las nuevas tecnologías, partiendo de la certeza de que en un futuro -ya casi presente- el pleno ejercicio de los derechos ciudadanos sólo será posible si se dispone de acceso masivo y presencia en la red con una identidad propia.

Y esto, créanme, no es fácil en un mundo dominado por empresas tecnológicas que miran con prevención este tipo de discursos políticos de acceso igualitario a la red, porque lo asocian a beneficencia para zonas pobres y nulo retorno de la inversión. Sabemos, con la certeza de la experiencia, que las operadoras, a falta de directrices emanadas de los propios gobiernos, y en España no existen directrices, extenderán sus redes en aquellos lugares que aseguren la máxima rentabilidad, dejando para el final a los de siempre, es decir, a las zonas de baja densidad de población o al medio rural. O sea, a Extremadura y a otro buen número de regiones o partes de regiones, que además se corresponden con los territorios menos desarrollados de España o de la Unión Europea. Es decir, eso que yo llamaba antes la periferia de la periferia.

Contrariando esa lógica, nos hemos propuesto que la entrada en el mundo de Internet en Extremadura, no se produzca cuando les interese a los grandes grupos financieros o tecnológicos, sino cuando cada ciudadano lo considere necesario, porque ya disponga de la formación e infraestructura necesarias.

Éste es, precisamente, uno de los logros que esperamos obtener en el desarrollo de nuestro proyecto regional: la construcción de la red justo a partir de donde otros creen que debería acabar, en las poblaciones más pequeñas. En

general, pretendemos llegar en primer lugar a las personas que más tarde accederían a esta revolución: el medio rural y las personas con más bajos niveles educativos y socioeconómicos. Ya no estamos donde antes, sino en un círculo aún más exterior, la periferia de la periferia de la periferia.

Dos son las acciones básicas que estamos desarrollando para conseguir esta inversión de las prioridades tradicionales: asegurar una red propia regional (nuestra Intranet) y, de otro lado, diseñar y ejecutar una estrategia propia de alfabetización tecnológica.

En cuanto a la primera acción, el Gobierno de Extremadura está llevando la Red a todos los servicios de la Administración Regional que están esparcidos por el territorio. Entendemos que así garantizamos la extensión de una buena red de telecomunicaciones, con un ancho de banda capaz de atender las demandas de todas las poblaciones.

La expansión de la Intranet también hará posible que, en cualquier punto de la Región, otros agentes públicos o privados puedan contratar unos servicios de telecomunicaciones que, de otra manera, habrían tardado mucho más tiempo en llegar.

El otro elemento clave al que me refería como el segundo pilar de nuestra particular rebelión periférica, es el conocimiento de los nuevos medios, lo que denominamos la alfabetización tecnológica. Partimos del convencimiento de que, en nuestro tiempo, para el progreso social y económico el uso de las nuevas tecnologías es imprescindible, puesto que cualquier innovación no es ya concebible sin tecnología. Nuestra responsabilidad como administración pública es democratizar el uso de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, lo que supone una nueva alfabetización.

Son numerosas las acciones formativas que estamos promoviendo en todos los niveles, dirigidas a todos los sectores; baste señalar que su objetivo es llegar a la mayor parte de la población y facilitar el acceso a la red de redes del conjunto de la población.

Estamos creando espacios sociales de acceso y formación, para que el conjunto de la población se acerque a las nuevas tecnologías y las incorpore a sus actividades cotidianas. Nuestro empeño es asegurar que todos los niños que están en el sistema educativo, y los que se incorporen en el futuro, se eduquen con la red, incorporando el ordenador no a la escuela, incorporando el ordenador al aula y cambiando la pizarra por una ventana multimedia.

Utilizando la misma infraestructura fuera de las horas lectivas, abriremos al conjunto de la población esos recursos para la Alfabetización de todos los que ya no vamos a volver a la escuela. No hay que olvidar que hay centros educativos en todas las localidades extremeñas, y que llevando la Intranet a todos los centros, estamos acercándola a todos los ciudadanos.

Pero hemos querido huir del error habitual de considerar que la construcción de la Sociedad de la Información pasa sólo por la dotación de infraestructuras, es decir, redes y ordenadores. Eso no basta, sabemos que es necesaria la conexión

real de los ciudadanos, la formación de recursos humanos y la generación de contenidos propios para la red.

Pero creemos que todo ello tiene que estar animado por algo más que una mera carrera tecnológica o de progreso meramente cuantitativo. Tampoco en estas cuestiones hay que dejarse arrastrar exclusivamente por la razón económica, sino tener un ideal socialista del conocimiento para todos. Esa voluntad de no exclusión a la que me refería antes también debe operar en todas las escalas. Las nuevas tecnologías, así entendidas, también contribuyen a la cohesión social y a una sensación gratificante de sociedad no sólo más rica sino también más justa.

Si el hombre se define por su capacidad de conocer, de almacenar y de transmitir conocimiento, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación pueden obrar un milagro aún mayor que cualquiera de las utopías ilustradas.

Desde el origen de los tiempos la Humanidad ha deseado el milagro de la comunicación instantánea. Si dejamos que la razón económica dominante lo ocupe todo, ése será el mundo al que nos enfrentaremos: la mundialización de las grandes corporaciones, la exclusión de muchas periferias geográficas, sociales o culturales, o sea, el ideal de un mundo de conservadores.

Frente a esta idea, la racionalidad del planteamiento que aquí les he expuesto se basa en el ideal europeo de la Ilustración: conocimiento para todos y capacidad de discernimiento para todos. Ahora nos toca a nosotros asumir el compromiso de construir, desde el principio, una sociedad europea más igual, en la que la división digital sea un riesgo superado, y no necesitemos establecer dentro de algunos años unos nuevos mecanismos de corrección de las desigualdades entre el centro o los centros y una inmensa y yerma periferia.

A veces, Europa y España comienzan por sitios periféricos y un poco olvidados, como esta nueva Extremadura que pretende encontrar un nuevo espacio en el rompecabezas, todavía borroso, de los nuevos centros y las nuevas periferias.

Termino:

Está claro que frente a este nuevo futuro, los Estados-Nación se encuentran inermes y necesitan construir una estructura superior, en nuestro caso, la Unión Europea. Los españoles deberíamos intentar aprovechar esa coyuntura para darle un contenido nuevo a nuestra situación territorial. Si para hacer frente a los retos de la nueva economía hemos necesitado transferir competencias a un ámbito superior, ¿por qué para hacer frente a nuestra problemática territorial no acudimos también al mismo procedimiento?

Los españoles hemos pasado por distintas aproximaciones al problema territorial español en los últimos decenios; el terrorismo ha sido explicado políticamente, por nosotros, desde distintos planos: desde el político al policial, tejiendo y destejiendo para ver de encontrar la mejor forma de erradicarlo. Llevaba razón el Presidente del Gobierno cuando, recientemente recordaba que durante una larga etapa, España y su gobierno hicieron frente al asesinato en solitario; ni siquiera él nos ayudó. Ahora, seguimos estando solos con este problema, por más que recibamos la solidaridad de los países de nuestro entorno.

Pero ser solidarios, en algunas ocasiones, es contemplar el problema desde fuera y, es procurar ayudar para que el problema no se nos meta en nuestra casa.

Dibujemos el siguiente escenario: Es una hipótesis que se puede traducir en pregunta. Europa se convierte en un estado Federal, con una moneda común, un ejército común, una política exterior común, una política social común y una política de seguridad común. El terrorismo vasco sería en ese escenario un pequeñísimo problema en una pequeña parte de la Federación. Los servicios secretos de la Federación y las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado terminarían con ETA en muy pocos meses, tal y como hicieron, por cierto con éxito, en otras partes de Europa, y sin el riesgo de ser denunciados por políticos vengativos y enviados a la cárcel por jueces sin sentido del Estado.

Las lenguas vernáculas de nuestro país serían una anécdota dentro de un conglomerado lingüístico federal, que deberíamos sin duda mantener como forma de expresión de nuestra riqueza cultural, pero sin ninguna incidencia destacable en las relaciones entre los ciudadanos de la Unión.

Europa necesita definitivamente una Constitución que nos permita salir de un concepto, Estado-Nación, que en el mundo globalizado que he expuesto ha dejado de ser eficaz para la defensa, la economía, los derechos ciudadanos, etc. Europa necesita convertirse en un estado federal para no ser confundida con un organismo internacional que nos obliga a comprar con euros, que nos baja y nos sube el precio del dinero y que depende de lo que decida el poderoso líder del mundo.

Europa para ser creíble necesita no ser confundida con un organismo puramente económico. Europa necesita ser un poderoso estado donde ser europeo sea algo más que ser cliente.

Y España necesita diluir y minimizar sus problemas territoriales y terroristas en una estructura superior que haga, por fin, saber al PNV, a ETA y a todo lo que se mueve en su entorno, que han dejado o dejarían de ser un problema de España para convertirse en un problema del Estado Federal Europeo. Ese problema, en ese concierto, deja de ser problema en menos de un año.

Si no se está dispuesto a trabajar en esa línea, téngase el coraje, entonces, de sentar a los terroristas en una mesa y déseles el ultimátum que permita saber si abandonarán las armas o continuarán en su carrera asesina. Y actúese en consecuencia con el pronunciamiento de los terroristas. Ya no podemos esperar otros veinte años tolerando que en el País vasco no se pueda ser ni español, ni europeo, ni ciudadano del mundo.

Muchas gracias.